

ñeros y a pesar de esto lo he distinguido en seguida. El también me ha visto y ha venido a decirme que estaba muy contento con sus nuevos maestros y condiscípulos.

He visitado al abate Montuzer, antiguo prior del capítulo de canonesas de Salles.

Al anochecer he partido hacia Mácón y al pasar por frente al colegio de los Jesuítas, he visto a los colegiales y oído sus gritos alegres: por fortuna mi hijo no ha salido a la verja para ver pasar el coche; yo me alegro mucho, porque hubiéramos tenido un disgusto grande y no conviene enternecer demasiado el corazón de estos niños que mañana serán hombres y necesitarán en ocasiones dureza de corazón para sufrir las adversidades de la suerte.

Yo he llorado mucho durante el día de hoy.

LIII

29 de Octubre.

A mi llegada a Mácón he recibido tristes noticias de mi pobre madre. Mi hermano se ha visto obligado a dejar el empleo que tenía en Inglaterra, con motivo de la guerra, y otra vez vuelve a ser una pesada carga para mi madre, que está vendiendo lo que resta de nuestra posesión de Rieux para pagar las deudas adquiridas durante sus viajes.

Mi hermana me escribe también diciéndome que está muy contenta porque Mlle. de Villars le ha prestado sin interés alguno y a devolver cuando pueda, mil escudos; esto le ayudará en sus apuros: Mlle. de Villars cumple sus votos de pobreza a pesar de haberle relevado de ellos la Revolución y el Papa al abolir el capítulo. Ella repar-

te su numerosa fortuna entre su familia y las antiguas compañeras pobres del capítulo de Salles y pasa pensiones vitalicias a seis o siete de ellas que se encuentran en mayor necesidad. No falta quien critica la economía en que vive, pero Dios y los pobres la bendicen diariamente.

LIV

6 de Marzo de 1804.

Hoy hace catorce años que tuve la suerte de casarme con un hombre cuyo corazón es el de un ángel. Siempre me figuré que era generoso y caballero, pero ignoraba que estas condiciones llegaran a la perfección. Solamente vive para mí y para sus hijos, aunque algo inquieto por las dificultades que le ofrece nuestra escasa fortuna para sostener una familia tan numerosa. Yo rogaré a la Providencia que nos asista, y procuraré por mi parte aliviar su pena. Confío en Dios, y esta es sin duda mi única virtud; pues reconozco, por lo demás, las imperfecciones que tengo.

Para solemnizar el aniversario de mi matrimonio, he mandado a mi hermano veinte lises de oro; para ello he hecho un sacrificio, pero estoy muy satisfecha de haberlo verificado.

LV

16 de Marzo.

Hoy he visto en el cementerio de Bussieres un cuerpo de mujer muy bien conservado, a pesar de haber transcurrido muchos años desde su enterramiento. Debió ser una hermosísima mujer a juzgar por las apariencias. Tiene en el dedo un

anillo nupcial y un rosario engarzado en las manos. Parece que está dormida, y espera de este modo el eterno despertar. Tengo para mí que debe ser una santa, cuyo cuerpo ha querido Dios conservar intacto para diferenciarle de los demás.

LVI

20 de Marzo.

¡Triste de mí! ¡Qué día tan desgraciado el de hoy para esta pobre mujer! Al llegar hoy a casa he encontrado sobre la chimenea una carta de mi hermano dirigida a mi esposo: la he abierto (pues para ello estoy autorizada), y ¡oh, Dios mío!... he leído en ella que mi hermano ha muerto de una manera trágica. ¿Qué será de mi madre ante esta horrible desgracia? ¡Dios mío! ¡Dios mío! Auxiliad a mi desgraciada madre y tened piedad de mi pobre hermano: perdonadle sus faltas, sed con él misericordioso.

Después de recibir tan infausta noticia, sólo he salido de casa para ir a la iglesia. Yo espero que mi hermano estará en el cielo, porque mi hermana me dice que ha muerto en el seno de la religión cristiana.

Estoy muy desconsolada, y mi alma sólo encuentra alivio en aquello que la aproxima a la Divinidad.

*

Estos días hemos celebrado los funerales por el eterno descanso del alma de mi hermano. Me han acompañado a la iglesia cuatro de mis hijas. He llorado al ver las muchachas del pueblo vestidas de blanco, según costumbre en estos casos,

entonando cánticos fúnebres, y muchos jóvenes orando con gran recogimiento. Yo espero que Dios habrá oído las plegarias de estas buenas gentes, y se apiadará de nosotros y de mi hermano.

He tenido noticias de que mi madre sufre mucho: en París se ha creído que mi hermano estaba complicado en una conspiración contra Bonaparte. Yo no lo creo, porque ni medios ni voluntad tenía para estas cosas. Sin duda su regreso de Inglaterra ha despertado sospechas e inducido a este error, porque después de muerto han ido a registrar su domicilio, y sólo han encontrado papeles que indicaban sus aficiones literarias.

LVII

21 de Marzo.

Esta mañana he leído una novela de Mme. de Genlis, que se refiere a Mlle. de La Vallière. La novela tiene algo de histórico y está bien escrita, pero me parece su lectura algo peligrosa para la juventud. Por mi parte, me ha sugerido únicamente reflexiones sobre lo pasajero de las cosas humanas y la insuficiencia del poderío de la tierra para hacer feliz a un alma grande. Lo terreno no puede satisfacerle, y sólo en Dios encuentra reposo a sus agitaciones.

¡Oh, Dios mío! Cada día siento mayor necesidad de consagrarme a Vos únicamente y de sacrificároslo todo. Mi alma, emanación de la vuestra es, y no puede encontrar la paz sin estar unida a lo que es su principio y fin.

¡Perdón, Señor!... Esta mañana he cometido un pecado. A una pobre muchacha que me ha pedido favor, le he contestado con desprecio y he sentido un poco de orgullo al hablar con ella. Me

arrepiento de ello, y me impongo la obligación de servir y complacer en cuanto pueda a esta pobre muchacha. Este arrepentimiento y esta obligación que me impongo, debiera hacerla cien veces cada día.

LVIII

24 de Marzo.

Empiezan a encanecer mis cabellos. El tiempo se va y yo ignoro lo que he hecho de mi juventud. La eternidad me advierte que debo emplear los días que restan de estar en la tierra en hacer bien al prójimo.

LIX

Milly, 17 Junio de 1804.

Estoy tranquila; he recibido carta de mi hermana, en la que me da mejores noticias de mi madre. Creo que está ya en completa convalecencia; habla asimismo de ir a vivir a Montmirail. Ayer mi marido recibió otra carta de mi hermana que me ha llenado de inquietud. Dice que en dos días la enfermedad de nuestra madre se ha agravado seriamente. Temo un fatal desenlace.

*

Esta triste confirmación ha venido en el preciso momento en que Mlle. de Monceau y mis hijos iban a regalarme un ramillete. Tan infausta nueva ha envenenado el placer que semejante agasajo nos preparaba. Debía ir yo por lo tanto a comer a Monceau, pero no he querido ir, mandando sólo a mis hijos con su padre.

LX

¡Dios tenga compasión de mi madre! su gran caridad, sus bondades y otras mil virtudes que ha practicado durante su vida, pueden haberla tranquilizado en estos momentos. Pero ¡ay! ¡era tan triste la situación! Muchas inquietudes y penas son otros tantos motivos de consuelo. Ha sucumbido a sus penas mejor que a sus años. La triste idea de que no he de volverla a ver en este mundo, me asusta cuando fijo mis ojos en la tierra.

Mi abuela vivió hasta los noventa y dos años, yo esperaba igual longevidad para mi madre. Parece que en su testamento, que no ha podido firmar, ha favorecido a mi hermana. Mi conciencia no estaría tranquila si se dejase de acatar semejante voluntad manifestada por ella, aunque no escrita. No ha de haber dificultad alguna para que se cumpla, puesto que mi marido piensa como yo sobre este particular.

Escribo esta mañana a Mlle. de Orleans esta triste noticia, rogándola se sirva comunicársela cautelosamente a la señora duquesa su madre.

MI marido acaba de suscribir la renuncia que yo deseaba en favor de mi hermana. Esta va a comprar la finca de Rieux, donde pasamos tan alegres días durante nuestra niñez.

LXI

14 de Septiembre de 1804.

Me hallo en Belley, a donde he ido a buscar a mi Alfonso para las vacaciones. Le he visto en el patio en cuanto he llegado; estaba tan emocionado como yo misma: ha venido corriendo, y tan

pálido, que llegué a creer que iba a desvanecerse. ¡ Ah! ¡ Cómo nos hemos abrazado los dos! ¡ Pobre hijo mío!

Mañana ha de pronunciar un discurso, con motivo de los ejercicios con que los jesuitas tienen costumbre de manifestar en público los adelantos de sus mejores discípulos. Esto me preocupa tanto como si fuese yo quien debiese hablar.

*

Hay aquí una larga interrupción.

LXII

5 de Febrero de 1805.

Hoy he asistido a una toma de hábito de religiosas hospitalarias, en el hospital de Mâcon. En el discurso que en semejantes casos se acostumbra a hacer, se ha dicho que las que acogía la religión, abrazaban para toda la vida un estado de mortificación y penitencia, y ceñían una corona de espinas a su cabeza. Yo he admirado mucho tanta devoción; pero he reflexionado sobre la de las madres de familia, que cumplen sus deberes, y creo que también se aproximan a Dios sin tomar el hábito religioso. Y debe calcularse que, cuando se casa una mujer, hace voto de pobreza, puesto que pone toda su fortuna en manos de su marido, de la cual no puede disponer sin su permiso. Hace también voto de obediencia a su propio marido y de castidad, puesto que tampoco le es permitido dar oídos a la menor palabra amorosa de otros hombres.

Se consagra igualmente a la caridad, que ejerce al par y con su marido, sus hijos y sus cria-

dos, a quienes tiene obligación de cuidar en sus enfermedades, e instruirles, dándoles buenos consejos. No tengo, pues, nada que envidiar a las hermanas hospitalarias: yo también cuidaré de cumplir fielmente mis deberes, tan difíciles como los suyos y quién sabe si algo más. Estas reflexiones han endulzado mucho mi espíritu, y he vuelto a renovar ante Dios los juramentos que hice al contraer matrimonio, rogándole me conceda la gracia y fuerzas indispensables para cumplirlos exactamente.

LXIII

Domíngo de Ramos de 1805.

Reina por estos contornos un extraordinario bullicio con motivo de la próxima llegada del Emperador. Mi hermana se encuentra todavía a mi lado; ambas estamos muy inquietas porque se nos ha dicho que debemos dar alojamiento a Monseñor de Pradt, obispo de Poitiers, limosnero del Emperador, y más tarde arzobispo de Malines, tan célebre por su adulación y por su ingratitud con Napoleón después de su caída. Me desagrada tener que hospedar a semejante personaje.

LXIV

Lyón, 26 de Abril de 1805.

Mi venida a Lyón ha tenido por objeto ver al Papa.

Estoy aquí en compañía de mi hermana. He visto al santo padre cuando paseaba por el jardín del palacio del obispo. Ayer estuve a oír la

El manuscrito de mi madre.—7

misa del Papa en la iglesia de San Juan; ví perfectamente todas las ceremonias, pero me costó mucho trabajo poder llegar hasta su trono para besarle la chinela; sin embargo, tuve por fin esta satisfacción. Este anciano tiene verdaderamente el aspecto de un santo, como también algunos de los prelados que le acompañan.

LXV

12 de Mayo de 1805.

Aumenta nuestra fortuna: mi marido acaba de comprar la casa de M. de Ozenay; tiene un jardín-cito, y es muy espaciosa; la amueblaremos para habitarla este verano, Dios mediante.

MI marido me entrega seiscientos francos mensuales y los frutos naturales que proceden de nuestras dos fincas, para sostener la casa y pagar el colegio de Alfonso, lo cual es más que suficiente. Cada día admiro más las prodigalidades de la divina Providencia para con nosotros.

MI cuartito está muy bien arreglado, y cuantos nos visitan dicen que es muy bello. Comprendo que estoy demasiado bien en este mundo y que tengo mayores bienes de los que me pertenecen. He leído un tratado místico sobre la dulce virtud de la confianza, que me ha hecho un gran bien. Es el tesoro por excelencia, el dulce abandono a la voluntad celestial.

LXVI

20 de Agosto de 1805.

El hermoso cuarto en el cual estoy instalada desde ayer, será probablemente el último cambio de habitación que yo haga; en él moriré sin duda. (En él murió efectivamente.)

Alfonso llegó ayer. Me preocupó mucho por él y por sus hermanas, pues no veo medio de educarlos fácilmente. Sin embargo, cuando me veo rodeada de estas seis hermosas criaturas, me siento orgullosa y satisfecha. Ruego a Dios que me dé las luces necesarias al objeto de cumplir debidamente mis obligaciones con respecto a mis hijos.

LXVII

9 de Noviembre de 1805.

Hemos venido a pasar unos días en el castillo de Monceau, propiedad de mi cuñado M. Lamarzine, el ángel de la familia, y Mme. de Villars, nuestra Providencia, están con nosotros. Aquí se reúnen los vecinos más distinguidos, y entre ellos se encuentra M. Blondel, el abate Bourlon y el comendador Folni; cada uno de estos ancianos cuenta a porfía instructivas anécdotas. Llevamos una vida deliciosa; el tiempo es precioso y pasamos mucho; durante las veladas, se cuentan historias. Pero no estoy bien de salud: me ha salido como un fuego en la cara, y voy persuadiéndome de que mi tez se agosta; no he de ocultar que siento mucho esta fealdad. No obstante, si hay en ello humillación, puede ser que encierre una gracia que me aparte del mundo alejando de mí sus miradas. Me someto gustosa, pero no sin molestia, pues hubiera querido verme dispensada de la ley común, conservando en mi vejez los atractivos de mi juventud. Con frecuencia me olvido de que ya cuento treinta y ocho años, y todo cuanto me lo recuerda me es desagradable. Dios mío, haced que acuda siempre a mí el recuerdo de la nada y tened compasión de esta débil mujer.

LXVIII

Milly, 6 de Julio de 1806.

Otra vez estoy en mi retiro, donde me hallo más en paz con mi especial manera de ser. Es cierto que amo al mundo, pero también amo el recogimiento que me proporcionan mi jardín y mi cuartito.

Hemos hecho, mis hijas y yo, montadas en asnos, una excursión a las ruinas y lugares vecinos; hemos bebido leche, hemos charlado largamente con los aldeanos que me conocen, y que parece que me quieren por haberles dado consejos y remedios para sus hijos: esto me satisface. Siempre gusta uno de ser amado, y no deja de ser conveniente y agradable el cariño de las pobres mujeres del campo; nunca se pierde el tiempo empleado en hacer el bien y en adquirir simpatías.

LXIX

7 de Septiembre.

Mi marido ha vuelto de la posesión que su hermano tiene en Dijón. Nos hallamos nuevamente en Saint-Point, lugar que, a decir verdad, prefiero a todos, a pesar de los destrozos del castillo; quiero encerrarme en un retiro moral aun más profundo. Conviene alguna vez aislar nuestro corazón en la soledad y el silencio.

LXX

Domingo, 24 de Septiembre.

Estos días los he pasado completamente retirada; únicamente el señor cura nos ha acompañado a comer algún día que otro.

El día no resulta bastante largo para todo lo que yo quisiera hacer, y mis fuerzas se agotan antes que la voluntad y el deber.

Voy todos los días a misa a eso de las siete, como me propuse en un principio. Mis hijas me acompañan. Después de la misa nos desayunamos y comenzamos a trabajar, alternando nuestras tareas con la lectura de la Biblia: después y hasta la hora de comer, mis hijas dan lecciones de gramática e historia. Con estas ocupaciones, el tiempo lo encontramos corto. Después de comer tenemos una hora de recreo. Luego volvemos a tomar nuestra labor y alguna lectura amena que yo escojo siempre procurando que sea tan agradable como instructiva; algunas veces recitamos de memoria algunos párrafos de la historia o de la gramática. Vamos luego a rezar nuestro rosario a la iglesia o a nuestro gabinete; paseamos después hasta la noche, y durante la velada, mientras yo juego al ajedrez con mi marido, las niñas se entretienen aprendiendo de memoria alguna de las fábulas de La Fontaine.

Mientras no ocurra novedad alguna que nos interrumpa, esta es la vida ordinaria que llevo con mis hijas, con las diferencias naturales que exigen las diversas estaciones del año: mi principal objeto es inspirarles mucha piedad, ocupándolas siempre en cosas útiles.

Ayer recibí carta de mi Alfonso; está bien de salud; me parece un sabio en la manera de escribir.

LXXI

Milly, 25 de Septiembre.

Mi pobre esposo ha sufrido una pérdida de veintín mil francos. El comerciante encargado de venderle el vino se ha declarado en quiebra.

Esta gran desgracia mi marido la sufre con la mayor resignación.

Según se dice, el comerciante de vinos, que es de Nuits, resulta ser un desgraciado, pero de una honradez sin límites. Esta mañana ha venido él mismo a anunciarnos la suspensión de pagos, diciendo que va a convocar a todos sus acreedores para que se repartan cuanto le queda, y que no se reserva nada para él. ¿Cómo no apreciar semejante conducta y no compadecer a quien nos arruina tan contra su voluntad? Porque no hay duda que vamos a quedar por ello pobres durante todo el año, ya que sólo contábamos con la suma que se ha perdido. ¡Hágase la voluntad de Dios! Admiro la calma de mi marido después de semejante contratiempo; él sufre sin embargo por mis hijos y por mí; pero exteriormente, es decir, en cuanto no nos hiera materialmente a nosotros, es un hombre de bronce.

Alfonso debía regresar el día 17 del colegio; fui a recibirle en Mâcon. Llegó por la noche, solo. Le encontré mucho mejor de lo que esperaba; es ya cuatro dedos más alto que yo, está algo flaco y pálido: parece un buen muchacho; los jesuitas, sus maestros, se admiran de sus facultades; ha venido cargado de coronas, premios, discursos en latín y en francés, versiones y poesías latinas y... a pesar de todo, es modesto sin petulancia alguna. Lo que me ha compadecido también mucho es que parece inclinado a la piedad. ¡Dios lo quiera! ¡Porque creo que es lo único que puede hacerle feliz!

Después de su llegada he corrido a la iglesia, llenos los ojos de lágrimas de alegría, a dar gracias a Dios por el gran favor que acaba de hacerme con el feliz regreso del hijo de mi corazón.

*

Al presentar a Alfonso a toda la familia en Monceau, he sentido un poco de orgullo. Sin embargo, no le encuentro el tono tan dulce como yo quisiera. Creo que debo alejarle de mí, que tanto le amo y que tanto le mimo por añadidura; y por otra parte, he de mimarle por condescendencia. ¡Cuán difícil es formar un hombre!... Tanto mi marido como yo nos encontramos apurados para acertar en lo que debemos hacer con él.

Adora la carrera militar, que es la de su padre; ¡pero esa guerra contra la Prusia devora tantos y tantos jóvenes! Y además, la carrera de las armas es mortal de necesidad para la juventud inocente.

LXXII

Mi madre vuelve a la ciudad el 25 de Diciembre de 1806.—He aquí lo que se lee en su «diario» del 2 de Enero de 1807:

2 de Enero.

Hoy he quedado convencida de que camino aceleradamente hacia la eternidad.

Las virtudes en que yo pienso fijar especialmente la atención este año, son la dulzura y la humildad. Me parece que son las principales. Quiero hablar poco de mí, sobrellevar con paciencia las contrariedades y las humillaciones que pueda soportar sin menoscabo de la dignidad humana, no rebuscar en mi tocado vanidad alguna, no reprehender a mis hijos y a otras personas con acritud ni enredarme nunca en discusiones; quiero asimismo no decir jamás una palabra que pueda molestar al prójimo, presente o ausente. Estos son mis proyectos durante este año; si puedo cumplirlo fielmente, habré empleado bien el tiempo.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. B. N.

LXXIII

No hay nada de particular en las anotaciones de este año hasta el mes de Septiembre, en el cual se lee:

*

Vivo sola en Milly con mis hijas y mis libros; esta soledad me encanta. He dado esta tarde un gran paseo por la montaña de Craz, situada detrás de nuestra casa sobre nuestras viñas. Estoy sola; gusto mucho durante las horas de la tarde de irme sola y lejos. Amo mucho el otoño y los largos paseos, sin otro entretenimiento que mis impresiones; éstas son grandes como el horizonte y llenas del espíritu de Dios. La Naturaleza conmueve mi corazón bajo mil reflexiones, y me infunde cierta tristeza que me fascina; no sé lo que es, pero siento una especie de armonía secreta entre nuestra alma infinita y el infinito de las obras de Dios. Cuando vuelvo la vista y observo desde lo alto de la montaña la luz que brilla en el interior del cuarto de mis hijas, bendigo y doy gracias a la Providencia por haberme concedido este nido, casi oculto a la vista de todo el mundo, para dar calor y vida a los hijos de mi alma.

*

Todos los días por la tarde digo una oración de muy pocas palabras: un cántico interior que ninguna persona llegaría a entender; pero vos, Dios mío, vos lo comprendéis muy bien, como entendéis el zumbido de los insectos entre las florecillas de los matorrales y el ruido de la hoja seca, juguete del viento.

*

En el año 1807 sólo contiene el «diario» misteriosos exámenes de una conciencia escrupulosa hasta el extremo, y obligaciones de una madre para salvar de todo peligro a sus hijos. De regreso a la ciudad para pasar en ella el invierno de 1808, vuelve a tomar la pluma alguna que otra vez, pero su pluma parece que se resiste a trazar sus ideas. 1808 y una parte de 1809 faltan. Véase, no obstante, lo que sucedió entonces a mi familia.

Había por aquel tiempo en Mâcon una bellísima joven perteneciente a cierta familia muy distinguida; era elegante, hermosa y de espíritu recto y cultivado, quien inspiró a su hijo una de aquellas inclinaciones infantiles e inocentes y puras, que son siempre, mejor que las explosiones, el presentimiento del amor. No obstante, las diferencias de edad, temían entrambas familias pudiera traer aquella simpatía consecuencias que no entraban en sus cálculos.

Por este motivo acordaron alejar de allí por algún tiempo al joven, bajo el pretexto de un viaje a Italia. Créase, no sin razón, que el aire de los Alpes desvanecería aquella fantástica imaginación.

Veamos el manuscrito.

Aquellos pensamientos prudentísimos casi no existen en él: su imaginación se ocupa exclusivamente en buscar el bien para su hijo.

LXXIV

Domingo, 26 de Noviembre de 1809.

Me ocupo en leer las *Memorias* de Mme. Rolland, cuyo marido fué ministro al principio de la

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. F.

Revolución, por la cual Mme. Roland fué guillotina. Hubiera sido esta mujer un gran talento, un carácter, un dechado de virtudes, si durante su juventud no se hubiese penetrado del deslumbrante y falso espíritu que entonces reinaba, arrastrándola en la detestable cima, desde la que derrumbó el mundo, perdiéndose a sí propio; porque fueron sus opiniones las que la condujeron a la guillotina.

Sus memorias están bien escritas y me han interesado, pero no he leído nada de lo que se trata de religión, puesto que habla de ella bastante mal. No he querido que mi hijo leyera dichas *Memorias*, a pesar de que lo ha deseado mucho. Ya sé yo que él puede hacerse, a pesar mío, con cuantos libros quiera, pero al menos no deberé reprocharme el haberle dado autorización para leerlos y menos proporcionárselos.

He pensado asimismo que el hombre se permite a cierta edad leer cuantos libros se le presentan, bajo el pretexto de que ya no corre peligro; sin embargo, siempre esto es peligroso, ya que la fe puede extraviarse a todas las edades; debe estar siempre prohibido el combatir con el espíritu. El hombre acaba de llenar su cabeza con el abigarramiento de toda especie de lecturas; así es que sólo a la prohibición de aquellas que, aun agradables, pueden ser peligrosas, debe confiarse la conservación de las sanas creencias.

Ha muerto en Mâcon M. Sigorgne, a la edad de noventa años. Como era un sabio, había sostenido correspondencia con J. J. Rousseau sobre la religión y sobre la filosofía. Gran amigo de monsieur de Lamartine, mi cuñado, dió por amistad lecciones de matemáticas a mi Alfonso. Era uno de estos monumentos antiguos que no quisiéramos jamás ver derrumbados. Amamos el tiempo cuan-

do somos jóvenes, pero al llegar a viejos, el amor se convierte en veneración.

Alfonso irá a pasar este invierno a Lyon para que se vaya acostumbrando poco a poco a los usos y costumbres de la alta sociedad.

Ha marchado en compañía de M. de Balathier, persona de excelentes modales; estamos muy contentos de semejante oportunidad, porque ella será causa que le privará de las malas compañías de otros jóvenes de su edad.

Me encuentro sola con mis cinco hijas, todas ellas fáciles de ser conducidas al bien. Nuestra vida aseméjase a la de un monasterio: por la mañana leemos en comunidad algo piadoso, luego estudiamos juntas la historia antigua; me agrada e interesa tanto como a las niñas. Después de comer se trabaja un poco; al caer de la tarde rezamos también juntas, y durante la velada, acostumbramos a leer alguna de las comedias de Molière. Creo yo que no hay en ello ningún mal, pero suprimo las palabras que creo peligrosas. Después de esto, rezamos la oración de la noche: de esta suerte el día pasa ligero. ¡Que nuestras oraciones aprovechen a nuestras almas! Si fuera yo libre, creo que me consagraría completamente a Dios.

LXXV

Mi esposo se halla en Mâcon en el consejo general del departamento, presidido por M. Denon. M. Denon es hombre de bastante edad, pero joven de ingenio. Este señor ha estado con nosotros unos días y nos ha contado sus viajes a Egipto con el Emperador; dice que diseñaba las batallas durante los combates.

Ha colmado a mi marido de distinciones, y le

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. H.

ha propuesto hacerle nombrar diputado; pero mi marido ha dicho que podría encontrarse, si llegaba al caso, entre su conciencia y su fortuna, y que preferiría por lo tanto sacrificar toda grandeza mundanal a la obscuridad y paz de su conciencia. Admiro y respeto mucho los motivos que le obligan a obrar de tal manera, aunque mi amor propio disfrazado bajo el color de la fortuna de mis hijos, me conduzca a desear tales honores y la natural forma y nombradía, que lleva consigo un cargo semejante.

LXXVI

7 de Enero de 1810.

La peligrosa ociosidad en que se encuentra mi Alfonso me tiene inquieta. En estos momentos es cuando necesito para él todo el socorro divino que siempre he solicitado.

Sus pasiones empiezan a desarrollarse; temo que su juventud y su vida sean demasiado borrascosas, le veo de continuo melancólico y agitado; no sé lo que pretende. ¡Ah! quisiera encontrar el medio para tenerlo contento. Nos critican por haberle dejado ir a pasar el invierno a Lyon, fiados en su buena fe, pero los que tal hacen desconocen las razones que hemos tenido para ello. Muchas veces conviene dejar que diga el mundo lo que quiera y hacer lo que nosotros creamos mejor. El parece que desea adquirir relaciones y tiene afición al estudio; contando con recursos suficientes, es mucho más fácil en una población grande ocupar el tiempo, huyendo de los peligros de la ociosidad, que en una población pequeña, donde hay que hacer siempre la misma cosa. Por otra parte, estoy muy contenta de que todo el mundo no lo crea así, porque siendo como es, de aspecto ga-

llardo y elevada estatura, podría también tentar a las gentes del Emperador para que no admitiesen en reemplazo suyo el sustituto que le hemos comprado para que sirva en el ejército.

LXXVII

Milly, 11 de Abril de 1810.

Desde ayer estoy en este pueblo con Cecilia y Engenia; el tiempo es magnífico; he querido venir a gozar de una hermosa mañana de primavera, y lo he conseguido por completo. Hoy, desde que me he levantado, he estado en mi jardín por espacio de más de tres horas leyendo, rezando, reflexionando y dando gracias a Dios por sus beneficios, que procuro aprovechar tan bien como es posible. La hora ha sido deliciosa, los árboles están cargados de flores y capullos que perfuman el aire.

Empiezan a brotar las hojas, a cantar los enamorados pajarillos y a zumbar los insectos. Es esta la época en que resucita la naturaleza de su muerte aparente durante el invierno, y en que más se disfruta de ella en estos solitarios parajes. Por desgracia, tengo necesidad de volver a la ciudad, donde he de permanecer algún tiempo. Será la voluntad de Dios el que yo me aleje de estos sitios; cúmplase, pues, su santa voluntad.

El domingo estuvo a comer con nosotros M. Morel, distinguido dibujante y buen músico; es él quien ha trazado la mayor parte de los jardines ingleses que admira todo el mundo en los alrededores de París. Ha venido aquí para hacer algunos trabajos que le ha encargado M. de Rambuteau. He tenido ocasión de hablarle y me ha dicho que había sido muy amigo de mi madre y de mi padre, con lo cual he tenido una alegría grande;

en su consecuencia, le he convidado a comer y he tenido la satisfacción de entrar en relaciones con él. Es ya muy viejo, pero conserva perfectamente expedito el uso de todas sus facultades, a pesar de sus ochenta y cuatro años, lo cual se atribuye a su gran sobriedad; dice que jamás ha bebido vino. Esto me ha confirmado en el propósito que yo tengo hecho de no beberlo nunca.

Creo ver mañana a M. Rambuteau, porque dice que ha asistido al casamiento del Emperador y tengo deseos de saber algo de aquella ceremonia tan magnífica según dicen todos: las iluminaciones parecen haber excedido a todo cuanto se había visto hasta hoy en su género. He aquí una cosa que me hace reflexionar sobre la insignificancia de lo que se ocupan los hombres, puesto que uno de sus mayores placeres consiste en reunir algunos centenares de candilejas colocándolas unas junto a otras, es decir, que podemos exclamar fundadamente: ¡*Vanitas vanitatum!* un poco de luz, un poco de ruido y otro poco de humo; ¡esta es la gloria! a que todos aspiramos! ¡Y pensar que yo la deseo para mi hijo!

LXXVIII

Milly, 17 de Abril de 1811.

He pasado sola, en Milly, un día delicioso. Ha ce un tiempo precioso. Nunca he paseado tanto. He leído el primer volumen de un libro interesantísimo; se titula *Itinerario de París a Jerusalén*, por M. de Chateaubriand. Es una obra excelente.

Ayer fuí a Changrenon a hacer una visita a madame de Rambuteau, en compañía de la cual se encuentran actualmente M. de Narbonne su padre, su marido y su hermana. Tenía curiosidad

de volver a ver a M. de Narbonne, quien había sido en otra época muy amigo de mi hermano mayor (secretario en la embajada de Holanda y hombre distinguido). He hablado con él, y parece persona muy amable: dicen que goza de la consideración del Emperador. Se habla de él para el ministerio de Relaciones exteriores. Ha hecho una grande acogida a Alfonso, y le ha comprometido a que vaya a visitarle cuando esté en París; pero tengo para mí que esto puede acarrear más daño que utilidad. Yo no pido para mis hijos las grandezas de este mundo, únicamente deseo para ellos un modesto y tranquilo bienestar, adquirido en el cumplimiento estricto de sus deberes.

LXXIX

11 de Octubre de 1811.

Alfonso me escribe desde Roma cartas llenas de entusiasmo sobre los monumentos de esta ciudad célebre; mucho me gustaría estar en su compañía, pero mi pobreza no me lo permite. Los gastos de su viaje nos ayudan a cubrirlos sus tios. Para este objeto nos dieron ayer 72 luises. Alfonso, si es económico, podrá pasar con cien luises el invierno en Nápoles, pero como es joven y de imaginación viva y ardiente, ¿qué va a hacer entregado a sí mismo en los países lejanos? Yo aspiraba a verle partir, aspiro ahora a verle volver; durante el día, lo recomiendo veinte veces a la protección divina. ¡Qué desgracia es tener un hijo desocupado! A pesar de la repugnancia de la familia por verle servir a Bonaparte, deberíamos mejor pensar en él que en semejantes repugnancias; cuando se trata de los hijos conviene hacer caso omiso de las opiniones políticas.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. E. H.